

Sobre este tema, recoge el Virrey un dicho del ingenio popular henchido de burla y muy genuino de la gracia limeña, cuando, al razonar sobre las intransigencias de la madre las explicaba con esta sátira "no era por el amor a la hija sino a la hijuela". La célebre Condesa Viuda y que fuera por tantos años Virreina, Antonia Jiménez de Urrea, fue malquista en la capital del Virreinato por su agrio y violentísimo carácter. Y por el episodio de encono pertinaz, en contra de la voluntad de la hija, demostró su afán de codicia que el donaire callejero evidenció en la malévola frase que apunta en su Diario el perspicaz Calteldosrius.

Por último, señalemos que, el Cuadernillo de Noticias hecho público por Guillermo Lohmann Villena en el citado Anuario, lo conoció y lo ha utilizado un tanto el P. Rubén Vargas Ugarte en el capítulo III de su obra "Historia del Perú. Virreinato siglo XVIII".

Lima noviembre de 1964.

*Manuel Moreyra Paz-Soldán*

*Colección Hombres del Perú.— Primera serie. Dirigida y editada por Hernán Alva Orlándini. (Diez Tomos).— Lima, 1964.*

Debemos afirmar los valores espirituales, el momento es necesario, ya que, corrientes de negación se afanan por mellarlos. No es sólo un propósito envidioso o iconoclasta. Como se ha dicho, es algo más, se advierte un malsano soplo de nihilismo intelectual contaminado de orientación marxista, cuya meta —bien lo sabemos—, es destruir los fundamentos de la sociedad moderna, enclavada primordialmente en el legado de los siglos. De otro lado, todo acaecer supone núcleos directivos o individualidades forjadoras. El popularizar a éstas, significa, no permanezcan olvidadas o en rincones más o menos oscuros o con aureola solemne por no decir hierática. Conviene arrancar mucho de aquel acartonamiento; debemos ir a su verdad sencilla, en forma tal, que penetren, se pongan en contacto con las nuevas generaciones y aleccionen en éstas, los mensajes que aquellas aportaron. Tal es a mi entender el objetivo de la biblioteca "Hombres del Perú".

Hernán Alva Orlándini ha tenido la feliz iniciativa de su empresa editorial. Ha escogido en su primer turno a diez y ocho figuras connotadas de nuestra realidad histórica. Las hay de todas las épocas, es un muestrario sin vinculación cronológica. No mira a la cordillera, prescindiendo de la correspondencia ilativa o concatenada que la sustenta. Nos muestra los picachos, los altos y señeros, sin otro criterio que su elevación. Además, no distingue vertiente, usó de vigilancia para orillar exclusivis-

mos. Tanto es así, que hallamos de todas las banderas pese a sus antagonismos. Son, claro está, los grandes que se afincaron en solar peruano. Señores del Incario, conquistadores, gobernantes, literatos, políticos, ahincados forjadores de la ciencia, héroes de la paz y de la guerra y también, los humildes, los que a fuerza de humillarse adornan hornacinas y retablos.

A la serie la precede una introducción a la verdad valiosa, escrita especialmente para este conjunto por César Pacheco Vélez. La considero de substantiva calidad y bien merece un análisis de su contenido y de los perfiles que señala, cuando discurre sobre el Perú en sus significativas esencias y en su línea de continuidad formativa.

Después de distinguir a la historia como a la sucesión que construye en el tiempo distintas formas y maneras como ser social y comunitario engendrando su genuina historicidad, habla de la otra faz del término, es decir la historia como espejo, la que devuelve en relato los acontecimientos más significativos en medio de un trasfondo bullente, creador. En el caso peruano pone de relieve su debilidad, por faltarle a esta disciplina, un cultivo persistente, ordenado, sistemático, lo que se traduce en tantos capítulos en blanco, prácticamente ignorados, envueltos en la noche. Y por tal incuria frente a nuestro rico pasado, ése adquiere opacidad casi vergonzante, no se proyecta y es radical la incomprensión de su fuerza, de su virtud operativa en el presente y por lógica secuela en la configuración del futuro.

Entre sus observaciones se duele de que nos falte una sólida conciencia histórica y de cómo es confusa y herida nuestra fisonomía espiritual. Este fenómeno se debe en parte al dislocamiento que genera la actitud polémica de ciertos sectores que al confrontar el pasado lo hallan envuelto en tensiones, disyuntivas, exclusiones, pugnas irreconciliables, anatemas retrospectivamente proyectados desde nuestro presente, que lejos de consolidar a la realidad actual nos enfrenta a unos contra otros, nos disgregan y dispersan y amenazan destruirnos como país.

La ideología que ostenta es fundamentalmente tradicionalista, ve al pasado como a parte integrante e irrenunciable del presente, algo que pervive. Hay una continuidad y secuencia en el tiempo es decir una tradición. La contempla, como el curso dinámico y permanente dentro del cual se desenvuelven los pueblos, fieles a su fisonomía espiritual pero libres para elegir sus destinos. De ahí, que juzgue, que tradición y progreso no son incompatibles, sino elementos complementarios, con fórmulas genuinas para responder a las demandas de renovación y de afinamiento que exige el desarrollo perfectivo del hombre.

El tradicionalismo, no es el apego frívolo a las naderías muertas sino a los valores fundamentales que un pueblo ha ido forjando a lo largo de su discurrir en el tiempo. Cree, con el filósofo español Javier Zubiri que, en la realidad presente, está incluido también el pasado "porque nada de

lo que alguna vez fue se pierde por completo" de donde el exhumarlo, es también ocuparse de lo actual.

En su elaborada y nutrida exposición, después de recorrer muchos temas vinculados a la filosofía de la historia, aduce, que son tres los conceptos básicos que se aplican en el mundo occidental para comprender la realidad, la estructura de un pueblo como tal y estos son: Patria, Estado y Nación. Ideas que con meditado desarrollo las aplica al caso peruano con exégeses de análisis riguroso. Y, como síntesis de este pensamiento, que desenvuelve lucida y permenorizadamente —tocando materias de sumo interés actual— unas frías y otras con tinte de polémica enardecida, manifiesta, que el Incario nos legó la Patria, el Virreinato la Nación y la República el Estado. Y con esta tónica de río que a él convergen múltiples afluentes que lo engruesan y vigorizan, afirma, que carecen de sentido constructivo los anatemas restrospectivos y las negaciones a fardo cerrado de los valores de toda una etapa para intentar imposibles rupturas en un proceso continuo e ineluctable.

Aquella segmentación es un presupuesto teórico, falso e inconducente que es menester superar e invoca, que a este fin los peruanos den reconocimiento generoso de cuanto hubo de fecundo y de grande en las tres etapas clásicas de nuestra historia. Debemos mirar al Perú integral. No es posible considerarlo desde la faz exclusiva de su legado autóctono, lo que significaría nuestro aislamiento de la civilización que nos informa y una absurda marginación de la corriente cristiano-occidental en la que estamos inmersos.

Finaliza su importante ensayo, con una recapitulación indagatoria en donde resume las varias tendencias en el avizoramiento de nuestro ayer y luego, se aboca en el fárrago de las escisiones ya ilusorias o de banderías que se esgrimen, unas con bagaje científico y otras cargadas de pasión. Insiste en el acontecer sin descanso que es la historia, el cual está invívito en el presente, pues no pasa, su huella permanece, pervive, ingresa y no sólo configura el ámbito actual, sino que prefigura el porvenir. La historia, es el panorama acumulativo de ese conjunto de presentes fenecidos pero que se yustaponen, como los múltiples frisos de un gran monumento y así, como en éste, no se cercena cualquiera de sus pisos, sin que todo él se derrumbe, no es posible recortes u olvidos ya que el pasado como tal, es el aglutinante formativo el necesario a su persona individualizada y con características imborrables.

César Pacheco Vélez ha escrito la introducción que glosamos a manera de plataforma ideológica y es además heraldo que anuncia a la colección "Hombres del Perú". La ofrece en estilo terso, claro en sus juicios con sana, con recta intención. Persigue anhelo de eficacia, de fecundidad, de fortalecimiento en la conciencia naciinal. Predica admonitivamente y con fervor. El pasado del Perú, en su línea de continuidad, hay que esclarecerlo, comprenderlo y asumirlo a plenitud con afán pedagógico y

cívico, con honradez de criterio y austeridad de propósitos y, ajeno a sectarismos, complejos y discriminaciones y en esta forma, su trayectoria secular sea vocero indesmayable de solaridad tanto en sus legados como de sus valores.

Lima agosto de 1964.

*Manuel Moreyra P.S.*

*Rolando Mellafe.*— *Barros Arana, Americanista. Ediciones A.U.C.H. (serie Verde).*— Santiago de Chile 1958.

Chile ha tenido la suerte de contar con magníficos historiadores. Su escuela historiográfica muestra orgánica trayectoria la que continúa hasta nuestros días. Son muchos los jóvenes o los hombres de mediana edad que prosiguen aquel derrotero. Entre ese valioso conjunto, cabe distinguir como elemento de calidad a Rolando Mellafe.

Hace quince años y en compañía de Sergio Villalobos estudiaron ambos al Conquistador Diego de Almagro, aquel, mirando a su acción en el Perú y éste, el lado de Chile. Las dos monografías merecieron elogiosa aprobación ante un concurso con finalidad recordatoria, del centenario natal de José Toribio Medina. En el prólogo que antecede y de Guillermo Feliú Cruz, el sagaz crítico, habla, de lo que valen, de su objetividad absoluta y de lo riguroso del método empleado en la comprobación de los datos que aportan. En 1959, Mellafe, publicó un segundo libro: "La esclavitud negra en Chile, Tráfico y Rutas". El tema que desarrolla es de mi predilección, al lado de su propósito esencial halláanse materias unidísimas al fenómeno económico y marítimo. Espero y con señalado gusto, recalcar lo novedoso de su contenido.

En cuanto al librito que propiamente reseño —diré— que sorprende en tan corto espacio condensar materia, que otros llenarían con mucho más papel. Trae riqueza informativa, erudición grande, conocimiento serio y a esto se agrega firmeza de juicio. Sabíamos de Barros Arana lo fundamental, ya que, hemos inquirido y no poco en su magistral obra: "Historia General de Chile". Poseemos, la edición segunda en doce tomos. El enlace de la Capitanía de Chile y el Virreinato del Perú fue tan estrecho, que al relatar lo de allí aparece y muy mucho, de lo colonial nuestro. Decenas de datos provienen de Barros Arana en algunos de mis trabajos; por eso siempre viví agradecido a su copiosa labor investigatoria en los archivos de Europa.

Mas, desconocíamos al Barros-Arana americanista, Mellafe nos ha descubierto esa faz del gran historiador. La ofrenda, principalmente en los sondeos que hizo para la vida y viajes del intrépido navegante: Ma-